

LAS MÚLTIPLES MORADAS DE CLAUDIO GUILLÉN

The Multiple Dwellings of Claudio Guillén

Arantxa Gómez Sancho
Universidad Complutense de Madrid (España)

Este artículo examina la biografía de Claudio Guillén a través de sus experiencias en España, Europa y América durante la segunda mitad del siglo XX y su visión del mundo occidental. Para ello, presentamos varias cartas inéditas, o fragmentos de ellas, que Claudio Guillén envió en sus escasos viajes a España durante la dictadura a su maestro Vicente Llorens, a su padre, Jorge Guillén, y a su familia (Jorge y Teresa Guillén, y Stephen Gilman). Finalmente, presentamos el proyecto «Hacia una Biblioteca Europea», desarrollado por Guillén, que fue uno de sus mayores afanes en sus últimos años.

Palabras clave

Claudio Guillén, Vicente Llorens, Jorge Guillén, la dictadura franquista, el exilio académico, Primer Coloquio de Literatura Comparada en España (1974)

This article examines the biography of Claudio Guillén through his experiences in Spain, Europe, and America in the second half of the 20th century and his vision of the Western world. To this end, we present several previously unpublished letters, or excerpts from them, that Claudio Guillén sent during his few trips to Spain during the dictatorship, to his teacher Vicente Llorens, to his father, Jorge Guillén, and to his family (Jorge and Teresa Guillén and Stephen Gilman). Finally, we present the project Towards a European Library, developed by Guillén, which was one of his endeavors in his final years.

Keywords

Claudio Guillén, Vicente Llorens, Jorge Guillén, Franco dictatorship, academic exile, First Colloquium on Comparative Literature in Spain (1974)

Cómo citar este artículo: Gómez Sancho, A. (2025). Las múltiples moradas de Claudio Guillén. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (18), 83-92. <https://doi.org/10.24310/tsn.18.2025.19046>. Financiación: este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

Como muchos de los grandes comparatistas del siglo XX, Claudio Guillén, por circunstancias familiares e históricas, tuvo una vida en constante mudanza, de país en país, de lengua en lengua, en sistemas educativos distintos, lo que le procuró el conocimiento de varias lenguas con sus paisajes y costumbres. Ese carácter políglota y cosmopolita, unido a su viva curiosidad por la tensión entre lo uno y lo diverso, es lo que definirá finalmente su trayectoria profesional.

Nacido en París en el año 1924, su infancia transcurrió entre la capital del Sena, donde residían sus abuelos maternos, y Sevilla, donde su padre, Jorge Guillén, era catedrático de Literatura Española, con paradas en Valladolid en los meses de verano y las Navidades para visitar a la familia Guillén Álvarez. Llevado al exilio por su padre con quince años, primero a Canadá y después a Estados Unidos, comenzó sus estudios universitarios en Williams College (Massachusetts). Ese adolescente, medio español, medio parisén, inexorablemente convertido por los vientos de la historia en muchacho norteamericano, acabó forjándose una identidad «múltiple». Sus moradas fueron numerosas y así decidió titular uno de sus últimos libros de ensayos: *Múltiples moradas. Vida y obra quedan fusionadas*. Pocas encrucijadas vitales tan enriquecedoras como la que le tocó en suerte vivir a Claudio Guillén.

París, Sevilla, Valladolid, Canadá, Estados Unidos y España son lugares donde residió Guillén y delatan su condición de trotamundos, su espíritu nómada, ataviado con la «ligereza enviable del nómada» o la «rapidez de pasajero de puertas giratorias» en palabras Muñoz Molina, pero cuyo «propósito de toda una vida» fue, tal como dejó escrito en carta a su maestro Harry Levin, regresar a una España democrática.

Resulta por lo tanto muy pertinente interpelar a la biografía de Guillén por sus experiencias en España, Europa y América en la segunda parte del siglo XX y su visión del mundo occidental. Para ello, presentaremos varias cartas, o fragmentos de ellas, inéditas que envió Claudio Guillén en sus pocos viajes a España durante la dictadura a su maestro Vicente Llorens, a su padre, Jorge Guillén, o a la familia (Jorge y Teresa Guillén y Stephen Gilman).

La primera es una carta inédita dirigida a su maestro institucionista Vicente Llorens, fechada en Madrid el 18 de enero de 1961. El joven profesor de Princeton que era Guillén por entonces muestra una capacidad de observación penetrante y despliega ante su maestro una radiografía social y cultural de los españoles bajo el yugo de la dictadura franquista verdaderamente elocuente.

España no es solo la sociedad más injusta e hipócrita que conozco, sino además la más medio-

cre culturalmente. Hay escritores y pintores como siempre, si bien sobre aquellos habría mucho que decir. Pero no hay cine (ni una película de Ingmar Bergman, o de Fellini, etc.). El teatro, a pesar de que han salido algunos jóvenes directores, que están muy bien, languidece por la censura y por la falta de gusto del público. (En las provincias, sin excluir a Barcelona, se está muriendo el teatro). El peor síntoma es la situación musical. La sinfónica es muy pobre. Programa típico: la 5^a de Beethoven, Dvorak, Turina. (El Ayuntamiento les obliga a tocar a un compositor español en cada programa). Y un hecho increíble. Desde que hemos llegado no ha tocado en Madrid más que un concertista: Zabaleta. De todos los grandes músicos mundiales, ni hablar. Ni siquiera Segovia. Ciento que en España la música no florecía antes. ¡Pero conciertos sí que había! Total, lo evidente: esta dictadura, como todas las dictaduras, está ahogando la cultura. Y los efectos se harán notar durante muchos años.

Hay dos razas, dos clases de españoles, completamente distintas: los pobres y los que no lo son. Los pobres tienen muchísimas virtudes: sencillez, naturalidad, resignación, talento. Los otros, como clase, son inaguantables. El señorito español que se cree superior porque viste bien, o a la mujer porque es varón, es uno de los seres más infantiles que hay.

Nadie hace bien su trabajo, o cumple con su oficio como debe, por la sencilla razón que tiene dos o tres o cuatro profesiones a la vez. Sin excluir a los catedráticos. El país evoluciona socialmente. La mujer disfruta de mayor libertad. (Ese es tal vez el cambio más importante). Se nota una creciente americanización en las aficiones: el jazz, por ejemplo. Y el fútbol entontece a casi todos.

La evidente industrialización del país no tiene más consecuencia que la de fortalecer y enriquecer a la alta burguesía. Sin alterar en absoluto el nivel de vida del obrero.

Hay una juventud anti-franquista, y un descontento total en las clases bajas. Pero, aun así, impera la inercia y el ademán a-político. En el fondo es más fácil vivir en una dictadura y no hacer el menor esfuerzo político. Y los hombres propendemos todos a la facilidad.

El célebre individualismo español es cosa de gesto y de boquilla, como usted sabe. En general, nuestros compatriotas se sienten a gusto cuando van a lugares donde van todos, y se visten como todos, y opinan y rezan como todos. Se vive entre los demás, como los demás, para los demás. Y ese borreguismo llega hasta cierta tendencia, a pesar de las gesticulaciones de superficie, a obedecer y a acatar, feudalmente, a quienes mandan.

Y lo curioso, don Vicente, es que yo no me siento del todo extranjero. La comunicación con ellos me es fácil y natural. Algo tengo en común con esa extraña gente. Mi ambición consistiría en aparecer en la «Historia de los heterodoxos» de un futuro don Marcelino¹.

¹Carta de Claudio Guillén a Vicente Llorens fechada en Madrid el 18 de enero de 1961. Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

Esta dictadura, como todas las dictaduras, está ahogando la cultura

Un Claudio Guillén de treinta y siete años, profesor en Princeton, gana una beca Guggenheim y con Elfie Karzke, su esposa alemana, se instalará en Madrid durante el curso 1960-1961 para investigar sobre la vida de Mateo Alemán en archivos y bibliotecas de la capital. El choque con la realidad española será brutal. Con solo recordar la radiografía social de películas como *El apartamento* (Billy Wilder, 1960), *Con la muerte en los talones* (Alfred Hitchcock, 1959) o *Desayuno con diamantes* (Blake Edwards, 1961) frente a la España dibujada en *¡Bienvenido, Mister Marshall!* (Luis García Berlanga, 1953), *Calle Mayor* (Juan Antonio Bardem, 1956) o *Plácido* (Luis García Berlanga, 1961), el español de hoy se puede hacer una idea de la distancia sideral entre la sociedad española y la norteamericana, a la que estaba acostumbrado Guillén. De ahí la «extrañeza» que expresa en las cartas que envía desde España a sus maestros en el exilio Vicente Llorens y Américo Castro; de ahí esa sensación como lectores de que Guillén se acerca a la sociedad española con ojos interrogantes no del todo españoles, un poco extranjeros, y por lo tanto capaces de escudriñar críticamente la España del año 1960, porque no pertenece del todo a ese mundo.

No sorprende que el párrafo que inicia el contenido de la carta haga alusión a la mediocridad cultural en la España de Franco. Claudio Guillén pertenece a la segunda generación de aquel exilio académico que tuvo la fortuna de instalarse en las universidades de Estados Unidos, casi todos ellos vinculados al ideario moral y pedagógico de la ILE. La cultura para esas generaciones de españoles que intentaron poner a España en hora con Europa en el primer tercio del siglo XX significaba salir del atraso y era la herramienta para transformar la sociedad española en un pueblo adulto, capaz de decidir por sí mismo. El retraso que detecta Guillén lo achaca a la censura que ejerce el régimen sobre la influencia de artistas extranjeros y en la falta de gusto del público. Y se queja amargamente de la decadencia del teatro y de la música, sobre todo, así como de la total ausencia en las pantallas de cine de los cineastas europeos en boga en esos años. Es un país cerrado a la influencia foránea. Aislado. Atrasado.

Estas penurias y limitaciones que observa en España gracias a su formación internacional, no le inspiran la arrogancia despectiva del cosmopolita, sino todo lo contrario, un empeño más decidido por hacer avanzar el país culturalmente. Uno de sus compromisos a su regreso a España tras la muerte de Franco, en aras de forjar una ciudadanía democrática, será precisamente abrir ventanas a la cultura europea y mundial a través de la dirección de Clásicos Alfaaguara y la creación de la Sociedad Española de Li-

Guillén se acerca a la sociedad española con ojos interrogantes no del todo españoles, un poco extranjeros, y por lo tanto capaces de escudriñar críticamente la España del año 1960, porque no pertenece del todo a ese mundo

teratura General y Comparada (SELGYC), así como la apertura de departamentos de Literatura Comparada en España, con ánimo de elevar el nivel moral y cultural de los españoles y educar el gusto. En sus últimos años, abogará por la creación de una biblioteca europea tras haber comprobado las lagunas en la Biblioteca Nacional de obras extranjeras, como veremos más adelante.

Hay dos razas de españoles: los pobres y los que no lo son

Observa Guillén la distancia entre las clases sociales, la polarización de la sociedad española entre ricos y pobres, sin percibir la existencia de una clase media culta, liberal, ilustrada. «Todos demasiado flacos o demasiado gordos», escribirá en otra carta a su maestro Vicente Llorens. Estas diferencias económicas nos hablan de un país en vías de desarrollo, muy alejado de la sociedad norteamericana a la que estaba acostumbrado Claudio. Y destaca la figura del señorito, machista y clasista, incapaz de reconocer la dignidad que otorga el trabajo bien hecho.

Como nieto legítimo del ideario de la ILE (recordemos que su maestro en el exilio Américo Castro había sido discípulo de Giner e integrante del Centro de Estudios Históricos, que Vicente Llorens dirigió la Escuela Internacional Plurilingüe a petición de José Castillejo y su padre fue residente), Claudio Guillén reivindica en esta carta la ética del trabajo, condición inexcusable para crear ese pueblo adulto. Giner y sus adláteres fueron energéticos trabajadores, incansables al servicio del progreso moral y social de España. Sus instituciones, la Junta de Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas, y empresas como las Misiones Pedagógicas velaron por acercar una España retrá-

sada y con altas tasas de analfabetismo al mundo de la cultura y la educación y al progreso cultural europeo. Basta releer el poema de Antonio Machado dedicado a Giner en su fallecimiento para reconocer el amor al trabajo bien hecho y la virtud moral como ideales de los institucionistas.

Por otro lado, destaca en la carta que la mujer en España disfruta de mayor libertad. Bien es sabido que, cuantos más derechos ostenta la mujer, más avanzada es una sociedad. Aunque percibe esa mayor libertad en las mujeres, en otra carta anota que su esposa no se encuentra cómoda en un Madrid donde es extraño ver a mujeres solas extranjeras paseando.

Impera la inercia y el ademán a-político

A pesar de existir una juventud antifranquista con la que Claudio entrará en contacto sobre todo en Sevilla (estudiantes y obreros, así como con el joven profesor de latín y griego Agustín García Calvo), la tónica general de los españoles es obedecer y acatar el régimen. El borreguismo es característica de este pueblo español que desmiente el célebre individualismo de los españoles. Es un pueblo adormecido, aislado, ignorante a los ojos de Guillén. Y sufre por ello.

Algo tengo en común con esa gente extraña

Dada su condición de exiliado de segunda generación, a Claudio Guillén, que salió de España con doce años, edad en que uno no conoce del todo su país, el encuentro con los españoles en esta estancia le produce cierta extrañeza, puesto que el tiempo vivido por los españoles no es el suyo ni el contexto político es equiparable en la España franquista y la sociedad norteamericana democrática y liberal. Asimismo, debemos añadir que, en Norteamérica, rodeado de la *intelligentsia* republicana, se tendía a idealizar el país y lo vivido y sentido por Guillén al pisar España no encaja con lo soñado. Todas estas percepciones, tan comunes en la experiencia del exilio, merecerán un neologismo: «el destiempo», término que responde a esa inadecuación que sufre el exiliado al volver a su país.

Los siguientes fragmentos de cartas que hemos escogido coinciden con su segunda estancia larga en España entre junio de 1972 y julio de 1974, cuando Claudio Guillén se trasladará a nuestro país para desempeñar el cargo de director del programa de la Universidad de California en Madrid. Un cargo que describe con ironía como ser «vicecónsul en Toulouse» por su poca relevancia, pero una oportunidad única para conocer la sociedad española a fondo.

Estas penurias y limitaciones que observa en España gracias a su formación internacional, no le inspiran la arrogancia despectiva del cosmopolita, sino todo lo contrario, un empeño más decidido por hacer avanzar el país culturalmente

Coincidieron sus pasos por la península ibérica con el «tardofranquismo», aunque nadie tuviera la certeza de que el final de la dictadura estaba tan cerca.

Durante su estancia, Claudio Guillén vive una verdadera inmersión en la vida española, que disfruta de cierta apertura por presiones internas y externas, lo que le permite moverse con facilidad en el mundo universitario. Poco tiene que ver esta estancia con la anterior, la del curso 60/61 con motivo de la beca Guggenheim en una España marcada por el nacionalcatolicismo, el atraso cultural y los restos de la autoraría. En estos años setenta, el llamado «progreso» empieza a mostrar sus colores, así como la voracidad en nuestros litorales al son de *Spain is different*. De la pobreza y el subdesarrollo pasamos al capitalismo avanzado.

En estos años se topará por primera vez con la universidad franquista. La España oficial representada en la universidad española le produce una gran desazón, «mil y pico catedráticos adjuntos tuvieron que jurar, uno por uno, fidelidad a los Principios Fundamentales del Movimiento. Me dio verdadera pena»², escribe en una carta a la familia al asistir en el Teatro Real a una ceremonia universitaria.

Todos los «jerarcas» de la universidad franquista le resultan desagradablemente autoritarios, insultantemente prepotentes, tan alejados de las maneras liberales y tolerantes de las que bebió Claudio en ese círculo del exilio académico en Estados Unidos. Por primera vez vivirá el auténtico ambiente universitario del país, que resume en una palabra: ambigüedad.

Junto al curso nuestro, había un Curso de Arte capitaneado por don José Camón Aznar, que es lo que llamaba un amigo de Llorens «un hijo de puta muy simpático». Por ahí desfiló una inefable serie de enchufados, arribistas, oportunistas, advenedizos

²Carta a la familia fechada en Madrid el 6 de abril 1973.

(más algunos inocentes y, por último, los menos: un puñado de franquistas convencidos), dándose la gran vida, como los numerosos vicerrectores, secretarios, generales, directores, y demás jerarcas encargados de dirigir esa universidad-fantasma. Algunos de esos escritores y profesores son mucho más de izquierdas que yo—pero obligados a pactar con las autoridades, es decir, desde el punto de vista intelectual, a no desentonar, no criticar, no encararse honradamente con los problemas—mejor dicho, a encararse solo un poco, de ahí la ambigüedad. Yo, claro, no hablaba casi con nadie, porque nosotros (por eso salimos de España) no nos hemos hecho a la ambigüedad. ¿Cómo iba a hablar con uno que andaba por ahí, el dominico Padre Todolí, que es el sucesor de Aranguren en la cátedra—sí—de Ética en Madrid? o con Camón Aznar? (lo de «hijo de puta muy simpático» no es un hallazgo meramente verbal, un oxímoron, como diría Jakobson: en este país es una realidad y una trampa: todo puede disolverse o resolverse amigablemente, con un apretón de manos, un rato de palique, unas copas de coñac. Si no te fijas, acabas haciendo amistad con cualquier canalla)³.

Nos interesa destacar en este fragmento la noción de ambigüedad, «nosotros no nos hemos hecho a la ambigüedad», que es aquel comportamiento, hecho o expresión que puede entenderse o interpretarse de diversas maneras. Las dictaduras obligan a la ambigüedad y por ello Claudio Guillén es tan libre como sincero en estas cartas, que no teme que sean abiertas por la censura, porque estamos en los años setenta. Quienes no estuvieron dispuestos a vivir en la ambigüedad salieron de España en el 36 o a lo largo de las siguientes décadas.

Los españoles, en conjunto, le parece un pueblo decente, que desprende virtudes propias de gentes bondadosas, inocentes, honradas y a aquellos que va conociendo personalmente, uno por uno, le resultan en muchos casos gentes magníficas, pero el ambiente general deja mucho que desear.

¡Qué gran lástima que estén sujetos a un sistema cada día más desastroso! No hay universidad, en realidad. Los jóvenes no tienen salida, los espíritus críticos se ahogan, y muy pocos pueden conservar la dignidad. Están prohibidas las juntas de profesores, y desde luego las asambleas de alumnos. En cuanto empieza el menor disturbio, se presentan centenares de grises. Heroicos, los pocos españoles que realizan una verdadera labor intelectual. Heroicos los chicos que dan la cara en la universidad. La mayoría de los estudiantes piensan como sus papás y no quieren revueltas ni disgustos. Escasa, la esperanza o la luz que ilumine el futuro⁴.

Por ello, anima a su padre desde esas cartas españolas a regresar a España. Los jóvenes que va conociendo necesitan maestros, entusiasmos, personas a quienes admirar y que los puedan orientar. Esos maestros se hallan entre la generación de su padre, entre la diáspora que produjo la guerra civil. El regreso de Jorge Guillén, a ojos de su hijo, no irritaría al régimen; podría instalarse en Málaga, lejos del mundanal y político ruido, y desde allí atender a esos jóvenes deseosos de tomar contacto con las peripecias, los valores, las experiencias, las lealtades, el ideario estético y ético de la España anterior a la guerra. Recuperar el tiempo perdido, en definitiva. Manuel Aznar Soler, buen ejemplo entre esos jóvenes, coincide con las intuiciones de Claudio en un texto escrito en el año 1983.

Escribo maestro y me refiero a esa condición que pocas personas poseen y que se mide por la capacidad de transmitir no solo conocimientos sino también y a la vez valores, actitudes, gustos, ideas, convicciones, calidades [...]. Hablo de maestros cuando la falta de ellos ha sido precisamente una de las características generacionales de las personas que ahora tenemos treinta años. Salvo honrosas excepciones que vienen a confirmar la regla, nuestra experiencia del mundo cultural y del mundo universitario durante el franquismo ha sido una experiencia de miseria moral [...]. Por el contrario, conocer la vida y la obra de los españoles vencidos ha sido para todos nosotros una experiencia estimulante⁵.

Pero Jorge Guillén, como tantos otros exiliados de primera generación, tenía ya tomada la decisión de no regresar a España hasta la muerte del dictador, a pesar de las muestras de reconocimiento y los homenajes que les brindan en esos años de apertura las heterodoxias del interior, propiciados por ese deseo de reencuentro con los maestros de la España peregrina.

Mientras el régimen franquista se va desmoronando y Portugal vive la Revolución de los Claveles, Claudio prepara con entusiasmo el Primer Coloquio sobre Literatura Comparada en España, disciplina que como sabemos invita a pensar con una amplitud de horizontes que no casaba con el hispanocentrismo de la dictadura. El 26 de abril de 1974, a las puertas del inicio del Coloquio, Claudio escribe una carta a Jorge Guillén donde le traslada su viva ilusión por ese proyecto: «Se trata de la “organización” más importante de mi vida —por muy modesta que sea—,

³Ibídem.

⁴Ibídем.

⁵Aznar Soler, Manuel (1983). Prólogo. En Rafael Dieste. *Testimonios y homenajes*. Barcelona: Editorial Laia.

el 98 % lo he hecho yo»⁶. Con esta confesión, Claudio muestra su compromiso con el futuro de España, su deseo de modernizarla, de estimular el diálogo y el pensamiento crítico que invitan a «pensar como europeos», en definitiva, su afán de ponerla en hora con Europa⁷, tal como se desprende asimismo de estas líneas en su carta a Harry Levin escritas en español ese mismo mes de abril de 1974:

Son dos nuestros objetivos principales: En primer lugar, que se trate de un verdadero coloquio, o sea, que lleguemos a dialogar, a intercambiar ideas, a interrogarnos mutuamente. Serán breves las ponencias y habrá tiempo suficiente para los comentarios orales.

Además, la Literatura Comparada (término convencional que viene a significar: el estudio general y teórico de la literatura) supone unas actitudes resueltamente internacionales. Asistirán a este Coloquio historiadores y críticos eminentes de Francia, Italia, Alemania, Hungría y otros países. Lo mismo ellos que nosotros, los españoles, intentaremos actuar y pensar en esta ocasión como europeos⁸.

Entre los asistentes cabe destacar la presencia de prestigiosos profesores internacionales, como Marcel Bataillon (Universidad de París), Cesare Segre (Universidad de Pavía), Istvan Sötér (Universidad de Budapest), René Etiemble (Universidad de París), Eva Kushner (Universidad de Ottawa) o Roger Bauer (Universidad de Múnich); o, entre los españoles, los célebres profesores Emilio Lorenzo, Emilio Alarcos Llorach, Antonio Prieto, Manuel Alvar, Carlos Bousoño, Fernando Lázaro Carreter, Jorge Urrutia, Margarita Smerdou o Joaquín Casalduero.

Francisco López Estrada concluía la crónica del Congreso con estas palabras:

La noción de Comparatismo adquiere de esta manera una conciencia más explícita, y de ser una dimensión posible y necesaria en muchos aspectos de los estudios de la literatura española, se convierte en una técnica y una táctica de trabajo sumamente aprovechables y de un gran valor humanístico en el mundo actual, en el que las relaciones de comunicación se hacen cada vez más estrechas e inevitables, pues ya es imposible establecerse solo en el dominio encastillado de las literaturas nacionales. Y, al mismo tiempo, el Comparatismo puede valer para perfilar mejor los rasgos de la propia literatura, establecer valoraciones más certeras, ofrecer criterios más viables en la periodización de los con-

juntos y ampliar los horizontes de estudio, no solo ya dentro de la unidad europea, sino en un sentido universal y general⁹.

El Primer Coloquio de Literatura Comparada en España fue un éxito y abrió una senda que ha sido muy fructífera y sigue siéndolo en los estudios literarios gracias a la figura de Claudio Guillén y su magisterio entre nosotros. En carta a su padre, le confesó su satisfacción por abrir España al mundo. «El coloquio me llevó mucho tiempo y energía. Creo que con cierto éxito. La gente quedó contenta. El cotarro se animó de manera especial: sonaron en Madrid, en condiciones de coloquio, el francés, el italiano y otras lenguas exóticas».

En ese último semestre en España le llegan rumores de que la universidad de Málaga está pensando cursarle una invitación como *visiting associate professor*. También le surgen pretendientes en la Universidad de Barcelona y en la parisina Sorbona: «Vamos, un lío», comenta en carta a la familia. «Futuro complicado, pero esperanzador. Mientras tanto, pido la convalidación de mi doctorado aquí. Lo cual me llevará bastante tiempo. Qué le vamos a hacer: tengo ganas de hacer cosas en España. Sin dramatismos. No es ninguna locura»¹⁰.

La estancia de Claudio en España (1972-1974) le dio pie a embarcarse en una serie de empresas que le mantendrán unido al país desde La Jolla (California), donde era catedrático de Literatura Comparada. La de mayor envergadura es la dirección de Clásicos Alfaguara, a petición de Jaime Salinas, cargo que ostentó desde el año 1974 a 1988. Otra, la creación de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC). Este volver y no volver, este camino hacia el desexilio, con sus dudas, sus cavilaciones, sus entusiasmos y sus decepciones, se inicia en el año 1983, cuando Claudio Guillén es nombrado catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, y se cierra simbólicamente veinte años después con su ingreso en la RAE en el año 2003, hito en su larga trayectoria académica que definió como «la culminación de su desexilio»¹¹.

La incorporación a una universidad catalana no es fruto del azar, sino que tuvo una clara intencionalidad que no ocultó Guillén y apunta a la mayor europeización de Barcelona frente a otros lugares de la península, donde persistían las maneras y ademanes franquistas.

⁶Carta de Claudio Guillén a Jorge Guillén fechada en Madrid el 26 de abril de 1974.

⁷Ibídem.

⁸Carta de Claudio Guillén a Harry Levin fechada en Madrid el 3 de abril de 1974.

⁹López Estrada, Francisco (1978). I Coloquio de Literatura Comparada (1974). En 1616: Anuario de la sociedad española de literatura general y comparada (pp. 9-11).

¹⁰Carta de Claudio Guillén a la familia fechada en Madrid el 1 de febrero de 1974.

¹¹Claudio Guillén define su ingreso en la Academia como la culminación de su desexilio. *El País*, 3 de febrero de 2003.

Creo que es justo que el estudio de la Literatura Comparada entre en España por Barcelona, por Cataluña. La vinculación de Barcelona con Europa, a través de los siglos, ha sido constante. También es importante su capacidad de innovación intelectual y artística en este siglo. Su europeización, ha sido evidente. Por otra parte, también es justo que este estudio de la Literatura Comparada se inicie en este momento de la historia del país. Mi decisión tiene que ver evidentemente con este estado de esperanza. Sé que es difícil entrar en un sistema universitario en el que no te has formado, pero vale la pena intentarlo. Quiero quedarme definitivamente en España, pero desconozco, sin embargo, si ello será posible. Mi definitivo asentamiento en Barcelona, ciudad en la que quiero residir, dependerá, principalmente, del interés que demuestren por la Literatura Comparada. No me he despedido de Harvard, y he optado por acogerme a una excedencia temporal¹².

Muchos han sido los estudiosos que han declarado que la llegada de Claudio Guillén a España supuso un verdadero estímulo intelectual e incluso una inyección de *savoir-faire*, que se tradujo en la eclosión de una escuela indirecta de discípulos o estudiosos que han reconocido y reconocen hoy su magisterio. Desde su autoridad ejemplar avalada por su larga trayectoria intelectual, destacamos succinctamente sus logros en España. Aceleró la implantación de la Literatura Comparada en la universidad española; impulsó el estudio de la historia literaria y la teoría de los géneros con una mirada nueva; fue un incitador de métodos más abiertos a través del pensamiento interrogativo que abre el camino del conocimiento gracias a la selección de problemas o preguntas y de una mirada transnacional e interdisciplinar, subrayando la necesidad de derribar barreras entre fronteras y muros entre disciplinas para avanzar hacia una visión global del conocimiento humano; recordó con insistencia la necesidad de abordar los textos literarios desde la fundamentación teórica, crítica e histórica que había aprendido de su maestro René Wellek; nos mostró su cartografía para la edición de clásicos de la literatura universal en las dos colecciones que dirigió: los Clásicos Alfaguara y la Biblioteca de Literatura Universal (BLU); conocimos de primera mano la labor intelectual y talante liberal de los maestros en el exilio gracias a sus semblanzas escritas para distintas publicaciones, finalmente reunidas en *De leyendas y lecciones*, con la fortuna de ir acompañadas de su figura, heredera del esplendor cultural de los años veinte y treinta en España. Y

El Primer Coloquio de Literatura Comparada en España fue un éxito y abrió una senda que ha sido muy fructífera y sigue siéndolo en los estudios literarios gracias a la figura de Claudio Guillén y su magisterio entre nosotros

defendió hasta el mismo día de su fallecimiento¹³ la noción de la ejemplaridad como motor para el perfeccionamiento intelectual y humano.

Queremos destacar entre todos sus afanes y esfuerzos por poner a España en hora con Europa un proyecto que animó sus últimos años: «Hacia una Biblioteca Europea».

Hacia una Biblioteca Europea

En el ensayo «Europa: ciencia e inconsciencia» (1998) adelantaba Claudio su preocupación por una Europa desconocedora de sí misma.

Europa misma [...] ¿Se reconoce pero no se conoce? [...] La Unión Europea está en marcha, en vías de autoinvención, al parecer irresistiblemente. Junto a este proceso político, el éxito económico de sus componentes es la preocupación prioritaria de sus gobernantes. Pero si nos situamos en el plano cultural la evolución de la ultranación queda gravemente rezagada [...] las carencias existen [...] las grandes pinacotecas, las colecciones literarias, las selecciones de clásicos traducidos, como tantas otras instituciones comparables, son esencial y sesgadamente antológicas [...] no creo que la Europa de mañana, abundante, multidimensional y consciente, se pueda edificar sobre la ignorancia¹⁴.

Esta misma preocupación la transformará en el interesante proyecto «Hacia una Biblioteca Europea», fruto de esa desazón por las lagunas de libros europeos en nuestras bibliotecas. Merece

¹² Canals, Enric (1983). Claudio Guillén incorporará los estudios de Literatura Comparada a la universidad española. *El País*, 24 de enero de 1983.

¹³ Recordamos en este punto que la tarde de su fallecimiento estaba escribiendo el prólogo, que quedó inconcluso, a *Presencias reales*, de George Steiner, donde subraya la ejemplaridad del maestro de Cambridge.

¹⁴ Claudio Guillén (1998). Europa: ciencia e inconsciencia. En *Múltiples moradas* (pp. 424-425). Barcelona: Tusquets.

la pena transcribir el comienzo y el final del mismo:

Entendamos con toda claridad primero por qué es necesario aquello que aquí se propone. Existen unas carencias en las principales bibliotecas de España, y no digamos en las de menor categoría, que nos llevan a una conclusión ineludible. La inmensa mayoría de los españoles no podemos conocer adecuadamente la literatura, el pensamiento o las ciencias sociales de los demás países europeos. Si no se hace algo, pronto y bien, no pueden existir relaciones culturales verdaderas o sustanciales entre España y los demás componentes de la Unión Europea. [...]

Lo que está en juego es el conocimiento mutuo, vivo y real de las diversos componentes de la civilización europea. No parece deseable que Europa se construya sobre la ignorancia de sí misma. Creo que no son pocos los españoles reflexivos que se preocupan acerca del contenido cultural del magnífico proyecto, no circunscrito por fuerza a su contenido económico, militar o político¹⁵.

Lo remitió en 2004, con el Partido Socialista en el poder, a Josep Borrell –entonces presidente del Parlamento Europeo–, a César Antonio Molina –director del Círculo de Bellas Artes, amigo personal de Claudio– y a la directora de la Biblioteca Nacional, Rosa Regàs –amiga suya a través de Jaime Salinas–. Lo presenta como un proyecto utópico, «espero que convenga conmigo en que el problema es importante y sí existe, el de una Europa culturalmente ignorante de sí misma», le confesará a Josep Borrell¹⁶; en un tono más confidencial escribirá a César Antonio Molina: «La idea bordea la utopía, ciertamente. Pero

hay que mirar hacia delante y tratar de sacudirse el «carácter nacional»¹⁷. Y en carta a Rosa Regàs dejará entrever la soledad del *maître à penser*.

Querida directora y amiga:

Llevo años dándole vueltas en la cabeza al asunto que toco en el documento que adjunto a esta carta, sintiéndome más *lonely* que nunca. Pero ahora son otros los tiempos, y me atrevo a formular esta propuesta, que envío a Rogelio Blanco.

Bordeo la utopía, pero ¿no son necesarias estas imaginaciones?¹⁸

En *Múltiples moradas* el maestro llama a construir «una Europa no simplificada, ni trivializada, ni uniforme, sino compuesta en lo posible de mutuas relaciones cognoscitivas, es decir, de inteligencias reunidas». Nada más acorde con su personalidad que «la sociedad ultranacional y multidimensional con la que los europeos se van compenetrando» ni nada más eficaz para esa «inteligencia de la multiplicidad» que Guillén demandaba con el propósito de reconstruir culturalmente Europa con el equipamiento intelectual y metodológico que la Literatura Comparada puede deparar.

Como un nuevo Ulises, rico y sabio por las ganancias del viaje, para Claudio Guillén «volver» no solo significaba retomar el hilo cortado de su existencia en el año 1936, sino contribuir a la modernización de España y restituir la herencia que había recibido de sus maestros en el exilio, es decir, contribuir a esa continuidad cultural que el exilio había interrumpido abruptamente.

¹⁵ En el anexo al final de este artículo.

¹⁶ Carta de Claudio Guillén a Josep Borrell fechada en Madrid el 1 de junio de 2004.

¹⁷ Carta de Claudio Guillén a César Antonio Molina fechada en Madrid el 1 de junio de 2004.

¹⁸ Carta de Claudio Guillén a Rosa Regàs fechada en Madrid el 1 de junio de 2004.

Hacia una BIBLIOTECA EUROPEA

Claudio Guillén

Real Academia Española

I

Entendamos con toda claridad primero por qué es necesario aquello que aquí se propone. Existen unas carencias en las principales bibliotecas de España, y no digamos en las de menor categoría, que nos llevan a una conclusión ineludible. La inmensa mayoría de los españoles no podemos conocer adecuadamente la literatura, el pensamiento o las ciencias sociales de los demás países europeos. Si no se hace algo, pronto y bien, no pueden existir relaciones culturales verdaderas o sustanciales entre España y los demás componentes de la Unión Europea.

Permítaseme que dé entrada a mis experiencias personales al respecto, con ánimo de ser concreto y evitar vageidades. Soy catedrático (jubilado, de la Universidad Autónoma de Barcelona y luego de la Pompeu Fabra) de Literatura Comparada. Me doctoré en el departamento de Comparative Literature de Harvard, y años después, antes de volver a España, fui su director. Es «Literatura Comparada» un rótulo convencional que designa el estudio de conjuntos, o temas, o mitos, o formas, supranacionales, sin detenerse en fronteras, como sucede por ejemplo en el campo de la música o el de las ciencias naturales. Es una postura que supone, digamos con términos de hoy, adherirse a una especie de tratado de Schengen intelectual.

Pues bien, me consta que en España es arduo y poco menos que imposible dedicarse a la Literatura Comparada o a cualquier índole de estudio que exija el conocimiento a fondo de libros escritos en varias lenguas y publicados en distintas ciudades europeas. Tienen tradición y medios los estudios clásicos y semíticos, es decir el saber acerca de nuestros orígenes. No puede decirse lo mismo de las filologías modernas, de relativamente reciente fundación. Se puede ser profesor de literatura francesa, pero para investigar hay que viajar al país vecino y adquirir allá las publicaciones deseadas. Las bibliotecas universitarias son insuficientes; y el comparatista tiene que ir un día a la Complutense, otro día a la Casa de Velázquez, otro día al Instituto Italiano, etc., utilizando asiduamente el Metro. Claro está que siempre hay colegas excepcionales –las excepciones son una especialidad de nuestro país– que han reunido muy buenas colecciones en sus residencias; y que han sacado provecho de sus estancias en el extranjero. Pero hay que tener presentes a los lectores corrientes, a los investigadores modestos, y a las oportunidades que les ofrecen o no les ofrecen nuestras bibliotecas públicas.

Llevo cuarenta años estudiando en la B. N. y jamás logré convencer a nadie de que hacían falta unos procedimientos sistemáticos de adquisición de libros extranjeros. Hace unos años encontré que faltaban los libros en francés de Lévi-Strauss, los de William James en inglés, la colección completa de la «Pléiade», todas las obras del Tasso, con las colecciones actuales de clásicos italianos, etc. Hace poco buscaba una edición moderna de la poesía de Swift, para una traducción española, y no la hallé ni en la Biblioteca Nacional, ni en la sección inglesa de la Complutense. Acaso se hayan rectificado estas omisiones, pero las lagunas siguen siendo oceánicas. Y lo importante es que lo seguirán siendo, mientras «Biblioteca Nacional» signifique, no la mejor biblioteca posible para uso de los ciudadanos, sino una biblioteca destinada a reunir las obras nacionales, publicadas en España y obtenidas gracias al depósito legal nacional que ha de cumplir todo editor nacional.

II

Conviene por lo tanto pensar en que se instituya un depósito legal europeo y que sus resultados se administren y congreguen en una Biblioteca Europea.

El que un editor tenga la obligación de entregar no cinco sino veinticinco ejemplares de toda obra publicada no presenta ningún problema. La edificación o habilitación de un edificio *ad hoc* destinado a albergar y también, porque la cuestión es compleja, a encauzar y coordinar una importante cantidad de libros, sería en consecuencia necesario. No parece razonable o fácilmente factible incorporar esos volúmenes a la B. N. Desde hace cierto tiempo muchos libros nuevos de esta se colocan no en el edificio del paseo de Recoletos sino en Alcalá de Henares, pidiendo al lector que vuelva un día más tarde; y lo probable es que a las publicaciones europeas les tuviera que suceder lo mismo. No creo que pueda asumir este proyecto nuestra querida B. N. de toda la vida, que se centraría así en su principal cometido (dando entrada cada día más en lo sucesivo, supongo, a Hispanoamérica).

La complejidad es práctica y de carácter cuantitativo. Serían muchos libros, venidos de una variedad de lugares. No me siento capacitado para proponer aquí y ahora las soluciones más adecuadas. Es de suponer que ha de tratarse de una

empresa europea, de un proyecto colectivo, elaborado y estudiado en Bruselas, propuesto en el mejor de los casos por nuestro Ministerio de Cultura a sus socios comunitarios.

Sí pienso que se podría empezar modestamente, sin envergadura máxima o excesivamente ambiciosa desde un principio. Nuestra nueva B. E. contaría con el uso de un listado de publicaciones anuales, puesto a su disposición por las instituciones análogas de países con los que se empezaría a colaborar. Unos especialistas españoles en, por ejemplo, el griego moderno, el polaco, el húngaro, y no digamos el alemán o el francés, tras haberse asegurado al principio de que la B. E. adquiriría por estos cauces una colección básica en cada idioma de clásicos de la historia, la crítica y el pensamiento, se encargaría cada año de solicitar el envío de un número limitado de obras de relevante interés. También debería admitirse las peticiones de lectores, estudiantes o estudiosos individuales. La pertinente institución central europea, mediante los procedimientos elegidos en Bruselas por nuestros representantes y sus socios, se encargaría de administrar y coordinar los métodos de trabajo que hagan posible unas relaciones fluidas entre quienes participen desde un principio –los ministerios, las bibliotecas, los editores mismos– en esta iniciativa.

Vista desde el ángulo nuestro, qué duda cabe que ello tendría por consecuencia la presencia en determinados ámbitos extranjeros de unas colecciones de obras españolas más ricas y útiles de las que hoy están a su disposición, y quizás una colaboración significativa con los Institutos Cervantes.

Lo que está en juego es el conocimiento mutuo, vivo y real de las diversos componentes de la civilización europea. No parece deseable que Europa se construya sobre la ignorancia de sí misma. Creo que no son pocos los españoles reflexivos que se preocupan acerca del contenido cultural del magno proyecto, no circunscrito por fuerza a su contenido económico, militar o político.